

por encanto la disposición de ánimo de los buenos y expansivos castellanos, que siguieron adelante hácia la plaza rodeando los coches, recogiendo el dinero que arrojaban los criados, y gritando con un creciente entusiasmo:

—¡Viva el rey, nuestro señor! ¡Viva doña Ana de Austria! ¡Viva España!

Y de tiempo en tiempo se oía:

—¡Vivan los nobles portugueses!

La vanidad del duque de Coimbra y de sus dos ilustres compañeros, y la de todos los portugueses que allí iban, se sintió satisfecha.

XIII.

Así llegaron á la pastelería de Gabriel de Espinosa, que era la mejor posada que habian encontrado en el pueblo los mayordomos, ó por mejor decir, el lugar fijado para la estancia, aunque por disimular, se habian visitado algunas otras posadas.

Duraron las luminarias, los repiques y la algazara, hasta la oracion de las ánimas, en que el corregidor, que rondaba para evitar otro alboroto que fuese peor que el pasado, fué mandando á los que andaban por las calles se recogiesen á sus casas.

Callaron las campanas, se apagaron las luces, y Madrigal quedó desierto, envuelto entre la sombra y el silencio.

CAPITULO IX.

¿Era rey ó impostor?

I.

Los tres magnates portugueses ocupaban una gran sala en el piso superior de la pastelería.

En aquel piso solo habitaban ellos entonces, y al otro extremo de un corredor, Gabriel de Espinosa y Sayda Mirian con su hija.

Gil Perez, los mozos y las criadas de la pastelería, dormian en el piso bajo.

Los tres mayordomos de los tres señores habian sido aposentados tambien en el piso bajo.

Los demás criados estaban en otras posadas.

II.

El duque de Coimbra sabia, porque así se lo habia escrito fray Miguel de los Santos, que la noche que pasase en Madrigal, al dar las doce, abriese la puerta de su

apuesto, y viese si frente á ella, al otro extremo de un corredor, se veía otra puerta abierta, y tras aquella puerta el reflejo de una luz.

En ese caso los tres señores debían abrir silenciosamente su puerta, atravesar sin hacer ruido el corredor, procurando que no se sintiesen sus pisadas, pasar de aquella puerta abierta, cerrarla y llamar recatadamente á otra puerta que encontrarían cerrada en aquel mismo aposento.

III.

El duque de Coimbra, para cumplir con más exactitud lo que se le había prevenido, cuando llegó la media noche volvió á leer y leyó á sus compañeros la carta en que aquello se le prevenía.

Luego, y como la hora era llegada, los tres grandes llegaron á las puertas de su aposento con el corazón palpitante y la abrieron.

Al fondo de un espacio oscuro, se veía una puerta abierta á causa del reflejo de una luz.

Ninguno de los tres personajes dió un paso; los tres se miraron pálidos y conmovidos.

Era aquella una situación solemne.

—Si no se nos ha engañado, dijo el duque de Coimbra, dentro de poco vamos á ver á nuestro noble y desgraciado rey don Sebastian. ¿Os acordais vos bien de él, Almeida? ¿Y vos, Novoa?

—¡Oh, sí! dijo Almeida, le he tratado hartó; y luego, yo estaba á su lado aquel funesto día en Alcázar-Kivir;

el rey había perdido el yelmo, peleaba con la cabeza descubierta, recibió una herida en la cabeza, vaciló, pero no cayó, y siguió arremetiendo.

—Poco despues recibió una herida en la mano izquierda, dijo el conde de Novoa, y sin embargo no perdió las bridas.

—Yo había caído antes de que el rey perdiese el yelmo, dijo el duque de Coimbra, yo caí al caer el estandarte real, despues de haber visto al rey herido en la cabeza.

—Yo fui hecho cautivo algun tiempo despues, dijo el conde de Novoa, y ya no vi al rey, que se había revuelto con los ginetes moros.

—Yo le conocería en el juicio final entre todos los muertos, dijo el duque de Coimbra; yo estoy seguro de reconocerle si está vivo, como reconocí su retrato cuando hace algunos años nos le presentó en Lisboa aquel enviado de la República de Venecia.

—Como le conocimos todos, dijo Novoa.

—Pero un retrato no es un hombre; ¿estais seguros, amigos, de que reconocereis sia equivocaros al rey don Sebastian?

—¡Sí, por mi honor! dijo Almeida.

—¡Sí, por mi honor y por la salvacion de mi alma! añadió Novoa.

—Tened presente, caballeros, dijo creciendo en solemnidad el anciano duque de Coimbra, bajando la voz que se hacia á cada momento más conmovida, atrayéndolos á sí asidos por las manos; tened muy en memoria, que si cuando nosotros volvamos á Portugal decimos

en voz muy baja, pero que sin embargo resonará en el corazón de todos los portugueses, que nuestro rey vive, que está en Castilla, que le hemos hablado (y el duque de Coimbra agitaba cada vez con más fuerza las manos de sus amigos), Portugal entero se preparará en silencio al combate, y cuando una noche digamos con la voz de una campana: ¡Alzáos, portugueses, vuestro rey pisa ya las playas de Lisboa! ¡A combatir, á perder la vida por don Sebastian y por Portugal! no habrá un solo brazo portugués en Lisboa que no esté armado, no habrá un solo brazo armado que no hiera, no habrá un solo corazón que tiemble; pero para triunfar necesitamos de la ayuda de Dios, y no podemos tenerla si no tenemos de nuestra parte la razón y el derecho; si el hombre á quien vamos á ver es el rey don Sebastian, para saber lo cual hemos venido, la razón y el derecho son nuestros, porque el rey don Sebastian es el rey legítimo de Portugal, si vive. Pero si es un impostor, si nos engañamos, por desgracia, el rey legítimo de Portugal, doloroso es decirlo, pero es cierto, es el rey don Felipe. Ved, pues, cuánto importa que no nos engañemos; ved, pues, cuánto es necesario que no nos dejemos alucinar por las apariencias y por el deseo.

—Estoy seguro de no engañarme; si la persona que vamos á ver dentro de un momento no es el rey don Sebastian, si es un impostor, le mato como un perro, dijo enérgicamente Almeida.

—Y yo, dijo Novoa.

—Y yo también, añadió el duque de Coimbra; ahora bien, amigos míos, vamos á salir de dudas.

Los tres salieron, se encaminaron silenciosamente á la puerta que se veía al otro extremo del corredor, pasaron por ella, y llamaron con recato á otra puerta que había dentro del aposento.

IV.

Abrióse aquella puerta, y el duque de Coimbra y los otros dos señores retrocedieron.

Quien había abierto la puerta era Sayda Mirian.

Pero no Sayda Mirian con el humilde traje de campesina castellana, sino Sayda Mirian con un magnífico traje de dama veneciana, con los cabellos bellamente peinados, pero sin una sola joya de precio.

Sayda Mirian no las tenía ya.

Estaba tan hermosa con su traje de terciopelo negro, severo y sencillo, rebosaban de ella tal majestad y tal dominio, resplandecía tanto su hermosura, que los tres nobles portugueses, que no esperaban encontrar una dama tal como Sayda Mirian, se asombraron, se sintieron dominados.

—¿Sois, caballeros, el duque de Coimbra, el marqués de Almeida y el conde de Novoa, diputados del reino de Portugal? dijo con acento grave y sereno Sayda Mirian.

—Sí, señora, nosotros somos.

—¿Traéis con vos, señor duque de Coimbra, una señal por la cual se os pueda reconocer?

—Sí, señora; dijo el duque de Coimbra, sacando de debajo del justillo un objeto envuelto en sedas que desenvolvió y entregó á Sayda Mirian.

Este objeto era un retrato de Gabriel de Espinosa, el mismo que se había hecho en Venecia y que el Consejo de los Diez había enviado á Lisboa por medio del esbirro Nicolino Razzi.

Sayda Mirian miró aquel retrato, le conservó en su poder, y dijo á los portugueses:

—Pasad, señores; la persona que buskais os espera.

Y volviéndose, se encaminó lenta, magnífica, majestuosa, á una habitacion inmediata.

Los tres nobles siguieron tras ella.

—Indudablemente, decía para sí el viejo duque de Coimbra, mientras seguia á Sayda Mirian, esta dama es una persona real; sin duda es la sobrina del rey don Felipe, doña Ana de Austria; pero esta señora es monja; ¿cómo está á estas horas fuera del convento?

V.

Entraron al fin en la habitacion que ya conocemos: en la habitacion que ocupaba en la pastelería Sayda Mirian.

Sentado junto á la mesa en que habia dos candeleros de cobre con velas de cera, con un traje negro de patricio veneciano, puesto el birrete y con espada y puñal á la cintura, estaba Gabriel de Espinosa.

La espada que llevaba ceñida con rica empuñadura de oro, con corona real en el pomo, era la misma con que habia combatido el rey don Sebastian en la batalla de Alcázar-Kivir, y que, como sabemos, habia recogido del campo de batalla Sidy-Juzef-Al-Hhayzari, padre de Sayda Mirian.

VI.

Gabriel de Espinosa permaneció un momento mirando fijamente á los tres magnates portugueses, que por su parte, estaban mudos de asombro y de alegría.

Habian visto ó creído ver, que nosotros no sabemos, al rey don Sebastian.

La verdad es, que si Gabriel de Espinosa no era el rey don Sebastian, su actitud, su mirada, la expresion de su semblante, eran las de un rey.

Sayda Mirian completaba la fascinacion de su grande y majestuosa hermosura, apoyada en el respaldo del sillón donde estaba sentado Gabriel de Espinosa, y fijando en los enviados portugueses una mirada grave y tranquila.

VII.

Gabriel de Espinosa permaneció por un momento sentado é inmóvil, y luego se puso lentamente de pié.

Sayda Mirian dejó de apoyarse en el respaldo del sillón, y Gabriel de Espinosa, que la tenia á su izquierda, la asió de la mano.

Los tres nobles, cuya fascinacion, cuya turbacion, cuya alegría aumentaban de momento en momento, cayeron de rodillas.

—¿Por qué te arrodillas tú delante de mí, ilustre duque de Coimbra, y vosotros, noble marqués de Almeida, valiente conde de Novoa, que no doblais la rodilla sino ante Dios ó el rey?

El viejo duque de Coimbra miraba anhelante á Gabriel de Espinosa. Estaba pálido, tembloroso, queria hablar y no podia; la conmocion embargaba su voz.

Otro tanto acontecia á Almeida y á Novoa.

Pero el semblante de los tres rebosaba la alegría y el orgullo.

Veian ó creian ver delante de sí á su querido, á su llorado, á su anhelado rey don Sebastian.

Sayda Mirian observaba con ansiedad mortal aquel reconocimiento mudo, pero indudable, de los tres nobles portugueses.

La mano de Mirian apretaba febril y temblorosa la mano de Gabriel, que miraba conmovido la turbacion de los tres nobles y leales portugueses.

—¡Señor, señor! dijo el duque de Coimbra, que al fin pudo hablar, con acento supremo y solemne: ¡con qué no habeis muerto! ¡Con qué Portugal puede al fin entregarse á la alegría y arrojar la vaina de la espada para combatir al lado de vuestra majestad, y ó con vuestra majestad morir, ó con vuestra majestad ser libre!

—Alzad, caballeros, dijo con voz serena Gabriel de Espinosa, y como quien está acostumbrado á recibir el homenaje de sus vasallos.

Los tres nobles se pusieron de pié.

Gabriel de Espinosa permaneció tambien de pié como un rey en audiencia, teniendo á Mirian asida de la mano.

—¿Estais seguros, señores, dijo Gabriel de Espinosa sin perder ni un solo momento su serenidad y su facilidad en las maneras de rey, estais seguros de que



..... Alzad caballeros.

yo soy don Sebastian de Portugal y no un impostor?

—Sí, sí, vuestra majestad es nuestro rey don Sebastian de Portugal, exclamaron los tres nobles.

—Ved lo que decís, dijo severamente Gabriel de Espinosa, no sea que si soy vencido me negueis despues.

—Si sois vencido, señor, dijo el duque de Coimbra, no podremos negaros, porque habremos muerto combatiendo á vuestro lado.

—Por última vez, señores, ¿estais seguros de que yo soy el rey don Sebastian?

—Sí, sí, señor, contestaron los tres.

—Pues bien, dijo Gabriel de Espinosa presentándoles á Sayda Mirian: hé aquí á mi esposa; hé aquí á vuestra reina, doña María de Souza, que ha partido su destierro en Africa conmigo.

—¡Qué! ¿Su majestad la reina vuestra esposa, dijo el anciano duque de Coimbra, es la noble doncella africana á quien vuestra majestad debe la vida, á quien Portugal debe su rey? ¡Ah, señora! Permitame vuestra majestad besar su mano en nombre de Portugal agradecido.

Sayda Mirian se quitó la mano de sobre los ojos á donde la habia llevado para ocultar su conmocion, y la tendió al duque de Coimbra, que la besó de rodillas, y sucesivamente Almeida y Novoa, que á seguida besaron la mano de Gabriel.

Sayda Mirian lloraba de alegría, de felicidad.

Gabriel la amaba, no podia dudar de ello.

Doña Ana de Austria no era para él más que un medio.

VIII.

Sayda Mirian se separó de repente de Gabriel, fué á la cuna, tomó á la pequeña Gabriela en brazos, y la presentó á los tres nobles:

—Hé aquí nuestra hija Gabriela de Portugal, dijo Sayda Mirian con un acento tal, que se comprendía claramente que no dudaba, que creía, como los tres nobles, que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian.

Sayda Mirian estaba engrandecida, más hermosa, más noble, más régia, por decirlo así, que nunca.

Se la habian quitado del alma dos pesos enormes. El uno, la duda de si Gabriel la amaba ó no; el otro, la duda de si Gabriel de Espinosa era ó no el rey don Sebastian.

Aquellas dos terribles dudas la habian agoviado durante diez y ocho años, y al verse libre de ellas era completamente feliz.

Los tres portugueses estaban trasportados de alegría, de entusiasmo.

Habian ido á buscar á don Sebastian, y no solo le habian encontrado, sino que habian encontrado una familia real.

Además de eso, aquella mujer, tan noble y tan hermosa, les hablaba como Gabriel, con el lenguaje pátrio, esto es, en el más correcto y puro portugués.

IX.

El duque de Coimbra y los otros dos señores besaron tambien la mano de la pequeña Gabriela.

A más de eso, Sayda Mirian, como no podia encubrirse, como estaba erguida, dejaba conocer á las claras su avanzado estado interesante, como hoy se dice, lo que notaban con alegría los portugueses, porque podia muy bien suceder que la criatura que llevaba aún en su seno Sayda Mirian, fuese un varon en vez de una hembra, ó lo que para ellos era lo mismo, un príncipe real en vez de una infanta.

—Por las palabras que has pronunciado, primo duque de Coimbra, dijo Sayda Mirian que estaba aleccionada por Gabriel de Espinosa acerca de cómo debia de hablar y tratar á los portugueses, por lo que te he oido, conoces mi historia.

—Nos la ha referido Guillen de Souza, arrancándonos lágrimas de entusiasmo por vuestra majestad, y de despecho porque no podíamos expresar á vuestra majestad nuestro amor y nuestro agradecimiento; Guillen de Souza, señora, nos ha dicho cuanto ha hecho vuestra majestad por su esposo el rey nuestro señor; sabemos que sin vuestra majestad, nuestro rey hubiera perecido abandonado entre los cadáveres del campo de batalla de Alcázar-Kivir, donde todos caimos el terrible dia 4 de agosto de 1574; todos sabemos que vuestra majestad veló junto al lecho de nuestro rey, disputándole á la muerte, y Portugal, que ha sabido esto con enterneci-